

elevaba á representante de Francia, impidiéndole proceder como oficial del Monarca. El país demandaba una Constitución, y nadie sino los diputados podían dársela. Después de las denegaciones opuestas á su derecho, continuaban siendo los mismos que habían sido antes de esas denegaciones y representando lo mismo que habían representado. La Asamblea declara unánime la insistencia en sus anteriores declaraciones, y Mirabeau proclama la inviolabilidad de los diputados, ese principio que pasa á todos los códigos y forma como una de las bases capitalísimas de todas las constituciones modernas. La representación nacional está fundada y la primera fase de aquella revolución está concluida. La nación existe independientemente de su dinastía, por sí misma, y en virtud de su derecho.



CAPÍTULO VIGÉSIMO-OCTAVO

Toma de la Bastilla.

ENTRAMOS en fase nueva de la Revolución. Desde que Luis XV arrojó y disolvió los jesuitas, principales mantenedores del antiguo régimen, hasta que Luis XVI llamó los Notables, cuya última reunión preparaba el comienzo de la grande Asamblea nacional, se dilata el periodo de las preparaciones indeliberadas é inconscientes, y de las esperanzas risueñas y poéticas del movimiento revolucionario. Desde que los Notables se disuelven por las resistencias del clero y del patriciado á pechar, como el Rey pide y necesita el Erario, hasta que los Estados Generales se congregan en Versalles, entre vitores y aplausos, dilátase otro periodo; el de inteligencia entre la nación y el Rey, en que imaginan ambos posible pactar de común acuerdo una Constitución, y de común acuerdo establecer un presupuesto. Pero aquí empieza, en la sesión regia de Mayo del 89, la discordia entre nación y Rey, generadora de las revoluciones y de las guerras tanto civiles como militares. Quería Luis XVI de seguro el bien y preparaba la reforma, pero empeñadísimo y emperrado en que todo esto debía intentarse y hacerse con la máquina del antiguo régimen: una realeza casi absoluta y superior á todos; una Iglesia oficial privilegiada, más ó menos tolerantes; unas Cámaras compuestas de tres brazos, que fuera cada cual por su lado, y sólo se consagraran juntos para los negocios comunes como en los tiempos antiguos; un fisco á merced y arbitrio del monarca, que sólo hiriese los fueros de la nobleza y los bienes de la clerecía en cuanto lo necesitasen las arcas del Tesoro central, es decir, el erario palaciego. Ante la regia preten-

sión se levantaban los ciudadanos, reconociendo la existencia de los clérigos y de los nobles y de los Reyes, pero con la resolución de que cada cual ocupase aquel sitio y tuviese aquel privilegio indispensable al procomún, escribiéndose por todos juntos con votos individuales y por cabezas, no colectivas y por castas, una Constitución, donde se declararan las facultades propias de cada poder y clase; pero después de proclamarse los derechos personales de todo ciudadano á la común soberanía del conjunto del pueblo, nacido de la grandísima entidad madre que se llama la nación, soberana, independiente, libre. ¿Cómo compaginar el concepto de la sociedad en los reyes, adscritos al privilegio por su nacimiento y por su crianza, con el concepto de la sociedad, por los diputados, naturales defensores del derecho? La nación para los Reyes eran ellos con sus privilegios; la nación para los diputados eran todos con sus derechos. De dos nubes magnetizadas por electricidades opuestas brota la tempestad, y de dos entidades animadas por conceptos enemigos brota la revolución.

Después que abandona el patriciado la sala de sesiones, dirígese á palacio en señal de su adhesión á la monarquía y de su culto por el monarca. Pero Luis XVI está de tal suerte conmovido por cuanto sucede á su alrededor, que no quiere hablar una palabra. En cambio el conde de Artois, aquel aturdido que sueña con una reacción universal y cree poder exorcizar la revolución universal con el espíritu de la Edad Media, encuentra saludos entusiasmados; palabras de ardentísima excitación al combate, conjurados dispuestos á morir con él contra los descamisados y la canalla. El único hombre del palacio, la Reina; está radiante, llena de confianza, presentando y ofreciendo como un verdadero numen al valor y á la fortaleza, su hijo, el heredero de una corona próxima entonces á estrellarse contra tan tremendos escollos. El marqués de Brezé oculta el carmín que todavía enrojece sus mejillas y el temblor que sacude sus nervios. El mariscal de Broglie ofrece quemar á París si es preciso. Y cuando todos estos propósitos antirrevolucionarios estallan ante las doradas bóvedas de aquel palacio, gritos revolucionarios estallan á su vez bajo las azules bóvedas del cielo. Todo el mundo ha observado que Necker no asistió á la sesión regia. Con tales observaciones corresponden clamores delirantes, vivas nutridos, homenajes del favor público. La exaltación es tal y tanto que los reyes pueden oír desde sus cámaras las vociferaciones y ver las muchedumbres con antorchas en la mano, como las furias antiguas, recorriendo las campiñas. Y si el fanatismo del pueblo es grande, no es pequeño el terror de la corte, cuando llaman á Necker para que la salve y Necker promete defender la monarquía ó morir con ella. Pero había estallado ya en los aires la palabra de Mirabeau, el verbo de la revolución. Mientras tanto las resistencias de los nobles á unirse con el Estado Llano llegan hasta el punto de que un grande saca su espada y amenaza con atravesar á quien deserte de su puesto y mezcle sus blasones con el pueblo. Pero los resistentes á la fusión de todos han sido amenazados y el arzobispo de París, que quiere disuadir al clero, se ha visto en trance de muerte y sólo



UN CAPÉ DE PARIS EN TIEMPO DE LA REVOLUCIÓN

CAPILLA ALFONSO

se ha salvado entre una lluvia de imprecaciones y de piedras, por la destreza y actividad de sus cocheros. Así es que, á fin de Junio la Asamblea Nacional se ha fortalecido; y los nobles y los clérigos, hasta los más recalcitrantes, han entrado en el seno suyo y se han fundido en su indivisible unidad, porque el Rey ha dicho: «Lo pido, lo quiero, lo mando.» Tan aterrado estaba el poder supremo en medio de la revolución universal. Si la monarquía deseaba defenderse, tocábale disolver la Asamblea desde el primer momento en que notó su transformación de tercero y humilde estado en órgano y representante de la soberanía nacional. Si deseaba confundirse con el pueblo, tocábale dejar á la Asamblea en su libertad, seguirla en sus deliberaciones, respetarla en sus acuerdos, ver en ella la sombra de un poder augusto, del poder supremo y creador de todos los poderes. Pero los Reyes siguieron un doble proceder y aumentaron las gravísimas dificultades, exacerbándolas con sus incertidumbres, malas siempre, y peores en tiempos supremos, los cuales piden rapidez en las resoluciones y dón de oportunidad. Desde las sesiones regias á fines de Junio estuvo pidiendo á las órdenes privilegiadas que se unieran al pueblo: desde fines de Junio á mediados de Julio conspirando contra su propia obra con las aglomeraciones de sus ejércitos entre París y Versalles, destinados á disolver la Asamblea y fusilar al pueblo. No podía escoger ocasión menos propicia para una obra tan enorme. Los triunfos del Estado Llano acaloraban todas las inteligencias y fortalecían todos los corazones. Las palabras lanzadas desde la tribuna enardecían aquellas almas, difíciles para sentir los efluvios vivificadores de la elocuencia, y creídas por lo mismo de que todas las ideas podían encarnarse aun en la realidad, tan inerte y tan rebelde al pensamiento. Las maravillas y los milagros de la ciencia sustituían á las maravillas y á los milagros de la religión. El duque de Orleans, en la callada noche, y por los espacios de una inmensa llanura, había visto levantarse las brujas de Macbeth y ofrecerle materialmente la corona del Rey. Los periódicos, centelleando ese fuego de los primeros días de la libertad, exaltaban la fe viva en los cambios radicales y súbitos, en las revoluciones creadoras. Los debates de las Cámaras, recogidos con celo y contados con esa ciencia narrativa de los franceses, prosistas incomparables, comunicaban á todo el mundo la devoción á las grandes ideas. Donde se reunían doce personas, se levantaba un efectivo Congreso y se discutían los intereses públicos, así en calles como en cafés, así en paseos como en escuelas. El Palacio Real, centro entonces de París, cercano al río, fronterizo al Louvre y al Carrousel, residencia de la dinastía revolucionaria que conspiraba contra la dinastía legítima, guardaba sus jardines para el pueblo, sus jardines donde había cafés que eran senados permanentes, vendedores de caricaturas y de periódicos que atronaban los aires, tertulias políticas que difundían toda suerte de noticias, mesas convertidas en tribunas desde donde hablaban oradores exaltadísimos, fuentes que acompañaban con sus rumores la elocuencia moderna, como las flautas antiguas acompañaron la elocuencia griega, voceros al aire libre, cuyas ideas dichas con todos los arrebatos de la pasión, propios de esta juventud del es-